

Hace tan sólo unos días que regresé de ese particular peregrinaje que me lleva cada año a atravesar el páramo castellano, y a hacer parada y fonda en la ciudad del Pisuega de manera casi irrenunciable. Como en las anteriores, también esta última vez apuré mi estancia en la que fuera capital del Reino visitando el antiguo Colegio San Gregorio, hoy Museo Nacional de Escultura. Allí, en una sala tenuemente iluminada y con el silencio como único testigo, volví a encontrarme con aquella primorosa efigie de San Bartolomé que tantas otras veces había contemplado. Con la dicha de quien, lejos del hogar, vuelve a presentarse ante un viejo conocido, pero también presa del desasosiego que todavía me sigue provocando el cometido que hoy me trae aquí, me acerqué a ella, y ni pude ni quise dejar de preguntarle: “¿Por qué yo?, ¿por qué a mí...? Si yo sólo soñaba con ser andero, andero de los Dormis, como mi tío Luis”.

Y como “*no se puede huir de la responsabilidad de mañana esquivándola hoy*”, me retiré hacia la salida de la estancia y sin apartar la vista de aquella sagrada Imagen, me encomendé al Santo y a su excelso patrocinio, mientras recordaba el conocido fragmento de la Carta del Apóstol San Pablo a los Romanos:

*“Cuán insondables son los designios del Señor
y qué inescrutables sus caminos”*

Así pues, heme aquí, queridísimo D. Antonio, Reverendo Cura-Párroco de esta Basílica consagrada a la Asunción de Nuestra Señora la Santísima Virgen, cuya festividad celebra hoy el mundo cristiano; Consiliario y sostén de éste que les habla en tantos momentos buenos y malos..., heme aquí, digo, con el ferviente deseo de ofrecer este Pregón a San Bartolomé como fruto en sazón recién cosechado en nuestra huerta y como plegaria que al unísono elevan al cielo los corazones ciezanos.

Subo a este ambón, Ilustrísimo Sr. Alcalde, estimado amigo D. Antonio Tamayo, respetados miembros de la Corporación Municipal y distinguidas autoridades, para anunciar la llegada de esos días que derrochan alegría y diversión por las calles de nuestro pueblo, con la certeza de que sabremos vivirlos en armonía, y con la esperanza de que sean motivo de fiesta y regocijo para todos y cada uno de los ciezanos y ciezanos.

Acudo aquí, Sr. Presidente de la Hermandad de San Bartolomé, apreciado amigo y hermano en Cristo, D. Cristóbal Herrera, miembros de su Junta Directiva y hermanos de esta Cofradía, la más antigua de cuantas se han erigido en este pueblo..., aquí estoy, decía, en respuesta a vuestro requerimiento y con la humilde pretensión de que mis palabras sean el eco del aplauso que os tributa toda Cieza por vuestra tenaz y desinteresada labor, muestra evidente de vuestro amor por San Bartolomé, que os ha

elegido como depositarios y garantes, junto con el Ayuntamiento, de la que es una de nuestras más antiguas tradiciones.

Me presento ante vosotros, convecinos y convecinas de Cieza, cuando declina ya el estío, comienza a aflojar la canícula y se apuran estos últimos días de agosto que preceden a la llegada de la Feria, con el propósito de despertar en vuestra memoria el recuerdo de las que ya pasaron e invitaros a vivir con la intensidad de siempre la que está por venir... llamando ya a la puerta.

Entre los muchos defectos que sin duda acumulo no se encuentra sin embargo el de la ingratitud. De agradecimiento tienen que ser, pues, las primeras palabras que se escuchen en este Pregón.

Gracias, dicho sea con toda la intensidad y con toda la sinceridad que caben en esta palabra, a quiénes decidisteis confiarme la tarea de pregonar la fiestas patronales de nuestro pueblo, precisamente este año en que el Pregón de Feria cumple su mayoría de edad, y a quienes, al regalarme hoy vuestra compañía y dispensarme vuestra atención, le conferís un valor añadido a este grato e ilusionante cometido.

Gracias, porque las palabras que yo pueda ofrecer a mi pueblo y a mis paisanos no valen nada comparadas con el regalo con que hoy me obsequiáis, ése cuyo verdadero valor reside en la estima y el afecto, y por eso apelo también a vuestra benevolencia cuando las juzguéis.

Gracias, en definitiva, por dispensarme el honor y el privilegio de glosar y pregonar a los cuatro vientos, desde la Horta a San José Obrero, desde la Serrana a los Losares... los encantos de esta villa, la mía y la vuestra, que desde tiempo inmemorial tiene por Patrón al glorioso San Bartolomé, para mayor honra del cual celebraremos en apenas unos días nuestras tradicionales fiestas, nuestra ancestral Feria de agosto.

Honor y privilegio que no me corresponden en absoluto: sólo la idea de haber pensado en mí es una osadía. Que San Bartolomé os perdone vuestro atrevimiento, porque ni un solo merecimiento comparto con ese grupo de ilustres y reconocidos ciezanos que han venido iluminando con sus palabras y sus recuerdos el pórtico de nuestra Feria desde que en 1996 lo hiciera por primera vez D. Carlos Valcárcel hasta el pasado año, en que lo hiciera Juan Manuel Molina, uno de los ciezanos a los que el deporte ha hecho universales.

Y porque si alguien pretendiera descubrir algún mérito en los recovecos de mi vida, no encontraría otros que los que debo a los demás y a la fortuna, que me ha sido fiel a lo largo de los años. Por eso, no dudo en agradecerle a Dios cada mañana que me

haya dispensado la fortuna de tener unos padres que no escatimaron esfuerzos para darnos a mí y a mis hermanos cuanto estuvo en su mano y más, con ese cariño que no somos capaces de valorar en su justa medida hasta que nos encontramos en la tesitura de educar y sacar adelante a nuestros propios hijos.

La fortuna de poder dedicarme a la enseñanza, mi vocación de toda la vida, y de hacerlo, con mis modestos conocimientos pero con la mejor de las voluntades, en las aulas del Diego Tortosa, las mismas aulas en las que estudié, y que tan enriquecedoras y determinantes han resultado en mi vida.

La fortuna de haber podido trabajar por y para la Semana Santa con los mejores amigos y compañeros que cabría encontrar, a todos los cuales os he tenido presentes uno por uno mientras he redactado este Pregón y también ahora que ha llegado el momento de leerlo.

La fortuna de tener en mis hijos la mayor satisfacción y el mayor motivo de orgullo que me cabe esperar en la vida. Y, por supuesto, la fortuna de haber conocido a Marisa, la única mujer que he amado, la mujer que amo, madre y esposa, en cuya familia he encontrado también una prolongación de la mía.

De mi infancia recuerdo, entrecruzada con algún fotograma de Berlanga, la figura del pregonero, trompetilla en mano, tocado con una gorra que le otorgaba cierto aire de autoridad, voceando de esquina en esquina, mientras los críos se arremolinaban a su alrededor y los mayores se asomaban tras las cortinas al quicio de la puerta. Nulo es, sin embargo, mi conocimiento musical, y mi voz no es precisamente aterciopelada como la piel de un melocotón de nuestra huerta.

No seré yo mejor heraldo de nuestras fiestas que la dulzaina y el tambor que recitarán su dulce cantinela por las calles de nuestro pueblo en la media tarde del día veintitrés, o que los fuegos de artificio que esa misma noche escribirán con pólvora versos de fuego y colores en el cielo de Cieza, o que la alegre diana de la Banda Municipal que el próximo día veinticuatro, festividad de San Bartolomé, proclamará con sus sonos matutinos que ha comenzado la Feria.

Y entenderéis también que me sienta abrumado por esta responsabilidad, porque, como aquel otro pregonero, también yo soy “*adusto, serio e intimista*”, y prefiero el anonimato de una túnica bajo el peso de las andas, o el del zaragüel que en algunas ocasiones vestí con mis hijos, bajo el trono de San Bartolomé, hace ya unos cuantos años.

Pero resulta que soy de Cieza -palabras mayores que imprimen carácter-; y soy ciezano, y eso pesa más que cualquier otra razón. ¿Cómo podría negarme a glosar las bondades de esta tierra, que es la tierra en que cualquiera habría soñado nacer, la tierra en la que cualquiera desearía vivir, la mejor tierra para sentir, la mejor tierra para amar, y, por qué no decirlo, la mejor tierra para que, *“cuando se apague nuestra breve luz y debamos dormir una última noche perpetua”* -como decía Catulo-, nos dejemos arropar por el manto de San Bartolomé abrazados a la Atalaya?

Las mismas bondades que, durante tantos años, he tenido ocasión de divulgar por los cuatro puntos cardinales de España, junto con la grandeza de nuestras Procesiones. Sí, porque no es posible soslayar que vengo a pregonar ante vosotros estas fiestas de la Feria, desde aquellas otras de Semana Santa, llevado, también en esta ocasión, de la mano de nuestra Patrona, la Santísima Virgen del Buen Suceso, pues fue también de su mano cuando, hace veinte años, acompañé por primera vez en su traslado a San Bartolomé, como lo he hecho esta tarde.

Y es que hace mucho tiempo que la Hermandad de San Bartolomé y la Junta, como responsable de la Virgen, han venido estrechando los lazos festivos que desde hace siglos las unen en lo espiritual, como bien pueden confirmarlo el Sr. Presidente de la Junta de Hermandades Pasionarias, amigo Joaquín, y las Señoras y Señores Presidentes de las restantes Cofradías y Hermandades ciezanos, a los que he querido reservar este momento para saludarlos como a Hermanos, con el afecto de siempre.

Feria y Semana Santa, unidas bajo el doble patronazgo del Santo y de la Virgen, y alimentadas por una misma sangre entregada que todo lo sacrifica por Cieza y para Cieza. Y es por eso que las Cofradías pasionarias se asoman a la Feria para ofrecer a vecinos y visitantes, entre tapas y cañas, una pincelada de calor cofrade que llena de animación esas últimas noches de agosto.

Por eso, en esa iniciativa de la bajada de San Bartolomé al Muro para recibir a la Virgen del Buen Suceso el ocho de septiembre, quiero ver también el abrazo que se dan la Feria y la Semana Santa ante todo el pueblo. Un abrazo que, como todo en Cieza, sucede a la sombra de dos Cruces: la Cruz de la Atalaya, que preside nuestros días, y la Cruz del Santísimo Cristo del Consuelo, que es la que los ciezanos llevamos prendida en el corazón allá donde quiera que la vida nos lleve.

Me refería en el inicio de esta alocución a mi reciente estancia en las austeras tierras vallisoletanas, tierras en las que siglos atrás la Imaginería fue elevada a la categoría de Arte, a la par de su madre, la Escultura; tierras a las que llegó por avatares de la guerra Manuel Juan Carrillo Marco, nuestro añorado maestro Carrillo.

Valladolid acrecentó en el joven artista ciezano su pasión por el arte de la gubia y la madera: allí enriqueció Manuel Juan la formación recibida de su padre en el oficio de la talla de Santos; allí, en las salas y pasillos de aquel Museo, conoció Carrillo, sin duda alguna, aquella y otras muchas virtuosas efigies de San Bartolomé.

Qué curioso me parece ahora que, también en su caso, poco tiempo después de regresar a Cieza, la Hermandad de San Bartolomé llamara a la puerta del taller familiar: se hacía menester recomponer la Imagen del Santo Patrón. Carrillo tuvo entonces en sus manos, nunca mejor dicho, la posibilidad de poner de manifiesto lo provechoso de su aprendizaje; qué mejor modo de demostrar su buen hacer que componer una Imagen de concepción propia, de renovada hechura, en la que quedara manifiesta la impronta de su fuerza creativa; una Imagen, en definitiva, distinta a la anterior.

Pero el maestro, tutelado todavía por su padre, el también escultor Manuel Carrillo García, era sin embargo ya, pese a su juventud, un gran conocedor de esa Cieza que le vio nacer, de sus gentes, de sus antojos; y no fue preciso que nadie le insistiera en que el nuevo San Bartolomé debía ser una réplica fiel de aquella otra talla desaparecida, la de siempre, la de toda la vida, ésa que cada ciezano guardaba incólume en la retina de su memoria.

Nada que ver, pues, con aquella primorosa escultura de cabellos ensortijados, tez blanca, poblada y ondulada barba, que recoge sus vestiduras en multitud de pliegues mientras brega con el diablo para mantenerlo encadenado.

Nada que ver tampoco con aquellas otras composiciones de acusado dramatismo e incluso de morbosa complacencia en las que se nos muestra a un Apóstol de idealizadas facciones y espíritu sereno en el truculento trance de un martirio aceptado de buen grado.

Nuestro San Bartolomé, superpuestas como una sola las dos Imágenes que de él se han sucedido en el tiempo, es sencillamente diferente: es la representación del Apóstol coronado de santidad que goza ya de la gloria eterna porque, como Cristo prometió, ha dejado atrás, vencida, a la muerte; es la representación del Mártir que muestra la hoja de acero y la palma como testimonio y símbolo, respectivos, de su sacrificio victorioso; es la representación del Discípulo que proclama el Evangelio con la misma determinación, con la misma fortaleza que subyuga al mal, en remembranza de la misión que Cristo le encomendó en su vida terrena; y es, finalmente, la representación de ése Santo que, pasados los siglos y sus vicisitudes, sigue ofreciéndose, pertinaz, para interceder por nosotros y acogernos bajo su manto

protector; porque, no nos equivoquemos, queridos amigos: no fuimos los ciezanos quienes lo elegimos a él; fue él quien decidió morar entre nosotros.

Pero en la Imagen de nuestro Patrón si algo no pasa inadvertido en absoluto es su dimensión humana. La suya es la figura de un hombre menudo, de negros y no muy abundantes cabellos, de rostro sincero, de carácter resuelto y amable apariencia: un hombre como tantos otros que ha visto nacer esta tierra. No es de extrañar, pues, que, por su aspecto campechano, y por su aire afable y bonachón, los ciezanos se identificaran muy pronto con él; y que muchos de ellos, quienes a través de los años no conocieron otras labores que aquellas que los mantenían entregados a la faena desde la salida del sol hasta su ocaso, vieran en la fisonomía de su rostro su propio reflejo: la tez morena y los pómulos rojizos, como abrasados por el sol inclemente del Levante; la piel, curtida por los fríos aires del ventoso invierno y casi ajada como la tierra cuando se reseca por la ausencia de la lluvia; los ojos abiertos, grandes, con la mirada puesta en lontananza, pendiente del cielo, por si se presentara en la lejanía alguna nube amenazadora que conjurar; y el semblante, como el de tantos y tantos ciezanos, que pareciera esconder una justificada preocupación por la cosecha ante la tormenta inesperada o por la más que previsible helada que esconde la noche entre los pliegues de su velo.

A componer la nueva Imagen de San Bartolomé, tarea en la que también participa su padre, se entrega Carrillo noche y día, movido por la misma devoción que lo impulsó a servir al Santo Patrón desde el seno de su Cofradía durante toda su vida.

Y conforme la nueva Imagen va tomando forma, comienza a tomarla también, casi con visos de leyenda y transmitido de boca en boca por nuestros mayores, el relato emocionante de la recuperación de su cabeza.

De aquel suceso los muchachos de mi época supimos que la primitiva Imagen de San Bartolomé había sido profanada y despeñada desde el Muro, como si bastase con abatir un símbolo para acabar con un sentimiento, y que el hecho había acaecido durante la Guerra Civil, donde la barbarie y la ignorancia, que no son exclusivas de la guerra, encontraron sin embargo terreno abonado para campar a sus anchas. Pero también grabamos en nuestra memoria que el desenlace de aquella historia había amortiguado en parte el desatino de aquel suceso desafortunado, porque, recogida la cabeza del Patrón por las manos amigas y curiosas de un chiquillo, Francisco González Hervás, fue entregada a la familia Martínez Caballero, que la conservó escondida hasta el final de la contienda y que quedó, desde entonces y durante más de seis décadas, vinculada al cuidado de la Imagen en una labor tan abnegada como discreta.

Y fue así que la Ermita, su morada y el primer altar de Cieza, volvió a cobijar de nuevo la Imagen de nuestro Santo Patrón, como desde antiguo lo habíamos querido los ciezanos. Quizás por eso la Ermita es lugar de tránsito obligado para ese desconocido que se adentra en el casco histórico de la ciudad buscando descubrir una calle, una plaza o un simple recoveco con reminiscencias de otra época; o la última parada de un agradable paseo para el caminante que desea encontrarse con el sol de la tarde en este extremo de la villa; o el destino del curioso que ha oído de los milagrosos episodios acaecidos en ella y la mira embelesado, mientras su imaginación los recrea de nuevo entre sus paredes. Quizás sea así también como cada uno a su manera, es posible que incluso sin saberlo, rinde tributo al único huésped que desde sus orígenes mora en su interior.

De sobrio trazo y sin apenas ornato alguno en su exterior, la Ermita se muestra por dentro recogida para la oración del devoto y coqueta para la contemplación del visitante; sólo un modesto retablo con la hornacina del Santo rompe la austeridad de sus paredes... Un retablo modesto para un Santo sencillo, pues tan modesta fue su cuna como sencilla su vida.

El Señor eligió a Bartolomé para el apostolado porque vio en él un hombre justo, esto es, observante de la Ley y de límpida nobleza. *“Antes de que Felipe te llamara, yo te vi”*, le dice; y Bartolomé, que es un hombre sin doblez y de probada sinceridad, reconoce inmediatamente la naturaleza divina de Jesús y es el primer discípulo en proclamarla: *“Rabí, tú eres el Hijo de Dios”*.

Pero entre los Doce, Bartolomé, o Nathanael, con quien la tradición cristiana lo identifica, es sólo uno más. No está entre los discípulos más próximos a Jesús: el Señor no ha pensado en él para que sea la piedra sobre la que ha de edificarse la Iglesia; tampoco es el discípulo amado al que Cristo, como si de un hermano menor se tratara, confiará, llegado el momento, el cuidado de su Madre; y ni siquiera su posterior labor evangelizadora tendrá la misma resonancia que la de Santiago, al que la leyenda convirtió en Santiago Matamoros, adalid de la cristiandad española. No. Su misión no es diferente a la que Cristo encomienda a los demás apóstoles: *“Id por todo el mundo y proclamad el Evangelio a toda la creación”*, y a ella se entregará Bartolomé sin vacilaciones, aun a sabiendas de que le costará la vida. Su peregrinación le llevará entonces a hollar con sus pasos las mismas regiones que tres siglos antes atravesaran los ejércitos del gran Alejandro hasta llegar a las mismísimas fauces de la India, aunque será en Armenia donde sufrirá martirio: en aquellas agrestes tierras orientales, en las que con tanto éxito había predicado, haciendo de aquel país el primero en convertirse al cristianismo... allí, paradójicamente, será azotado, desollado, crucificado y finalmente decapitado...

*No hay ningún santo en el cielo –canta una coplilla-
que tenga la honra de Bartolomé,
porque tiene el cuchillo en la mano,
el pellejo al hombro y el diablo a los pies.*

Quizás nunca sepamos por qué suerte de razones la devoción a San Bartolomé llegó a Cieza ni cuándo lo hizo. “*De tiempo inmemorial venera esta villa como patrón al grande apóstol de Cristo, San Bartolomé, con devoción suma de todos sus vecinos*” afirmaba escuetamente Fray Pascual Salmerón siglos atrás. Es posible que el culto al Apóstol acompañara, como alivio de sus cuitas, a algunos de los que, venidos de otros pagos para repoblar esta tierra, levantaron sus nuevos hogares sobre la célebre losa en la que hoy se asienta nuestro pueblo.

Tampoco sería de extrañar que, en las primeras centurias de esta recién nacida ciudad, su devoción se viera eclipsada por la de San Sebastián, a quien se invocaba como protector contra la peste que a mediados del siglo XIV azotó a la vieja Europa; o porque, siendo Cieza tierra fronteriza, y habiendo sido destruida y reconstruida varias veces, nuestros antecesores vieran, en aquel soldado romano mártir que, asaeteado y dado por muerto, recobró milagrosamente la vida, la personificación de su propio destino.

Pero, después de que la terrible epidemia se hubiese convertido en crónica escrita en los libros, después de que el fin de la Reconquista hubiese acabado con el peligro agareno y los fuegos internos del Reino hubiesen sido sofocados; después de que estos campos de la antigua frontera, yermos por los saqueos y partidas, hubiesen revivido gracias a la paz como el vergel que antes habían sido, los ciezanos volvieron sus ojos, y dirigieron sus preces y súplicas a San Bartolomé, para que alejara de sus tierras el pedrisco, para que aplacara rayos y centellas.

En todo caso, me atrevo a conjeturar que el que habría de ser nuestro Santo Patrón llegó a las tierras ciezananas casi de puntillas, sin que se le sintiera, como el tímido huésped que no desea que se le agasaje con un lugar preeminente en la mesa... Pero, aunque San Bartolomé no pretendiera entrar en competencia con ningún otro Santo, ni porfiara por recibir el cariño de los ciezanos, muy pronto se granjeó la simpatía y acaparó el fervor de las gentes de esta villa, que acordaron tenerlo por Patrón, hace ya de ello cerca de cinco siglos.

*“Del rayo y las tempestades –reza uno de sus gozos-
nos libra su fuerte mano;
contra nosotros en vano
se arman las adversidades:*

*y pues con tal defensor
las desdichas no tememos;
a Bartolomé cantemos
Hymnos de gloria y honor”*

Lo cierto es que San Bartolomé había venido para quedarse junto a nosotros y aquí se quedó: como un “don de Dios” para nuestros antepasados, que es lo que significa su nombre hebreo; y tras sus pasos dejó abierta una ruta que, en la azarosa travesía de los siglos, habrían de seguir tantos otros foráneos de ayer y de hoy que también elegirían Cieza como la última estación de su trayecto. No hay duda de que algún tipo de encantamiento debe pesar sobre esta maravillosa tierra, que todo aquel que aquí se acerca acaba cautivo de ella hasta el fin de sus días.

Y es que, queridos paisanos, el enclave geográfico de nuestro pueblo es, en todos los sentidos, envidiable; Cieza se alza en ese paso natural labrado por el tiempo y la Historia por el que la vieja Castilla penetra en nuestra Región buscando el Mediterráneo, justo allí donde los mapas señalan esa frontera invisible que separa los recios campos manchegos de la generosa vega murciana, lo que la convirtió desde los albores de la civilización en bocado deseado y deseable para todos los pueblos que recorrieron estos solares y que pugnaron los unos contra los otros para quedarse en ellos.

*“Dones llevo de Ceres –canta el poeta Ovidio-
que esparcidos por los anchos campos,
fructíferos sembrados y alimentos suaves devuelvan.”*

Madrugaron los hombres de la primera Edad para asentarse en estos parajes en feroz disputa con las bestias; y cuando el metal desplazó a la piedra, la cueva cedió paso al poblado y el paraje se transformó en territorio. La benignidad del clima atrajo luego a los íberos a la peña de Bolbax, celoso centinela en la puerta del Valle de Ricote; y el avezado conquistador romano tardó poco en descubrir la valía de este benévolo suelo y en mejorar los cultivos de los alrededores con provechosas fincas.

Para entonces la divina Ceres se había mostrado dadivosa con estos lares y los había colmado con todo lo que el hombre necesita para su sustento: la celebrada viña, el añejo olivo, las jugosas frutas, las exquisitas hortalizas, el preciado cereal, el valioso ganado.... Se sucedieron los siglos y por donde antes se levantaron prósperas villas romanas con sus pozos se esparcieron después provechosas alquerías que abastecieron al moro invasor e ingeniosos azarbes que irrigaron los resechos campos con las copiosas y fecundas aguas del Segura, pues mucho antes de que la turba

morisca sometiera estos lugares la naturaleza había hendido en este hermoso valle su alfanje de plata.

A la vera del río, en la ladera de lo que hoy llamamos el monte del castillo surgió y floreció Madina Siyasa: altiva, arrogante; su suerte no escapó al correr implacable del tiempo: pronto se apagaría su fugaz esplendor, y abandonadas y desiertas quedarían sus calles, tal como nosotros las vemos ahora; entretanto, en la otra orilla y sobre un altozano, nació la actual Cieza, ocupada en sobrevivir más que en mostrar gallardía. Madina Siyasa y Cieza: dos ciudades de vida tranquila y ordenada, dos ciudades de empinadas y estrechas callejuelas, dos ciudades de encaladas casas de piedra y argamasa, dos ciudades gemelas. Adornada estuvo aquella con alcazaba, minaretes, mezquitas, y alminares... coronada quedará luego ésta de barbacana, torre, iglesia, ermitas, cúpulas y campanarios. Sultana de la Atalaya la primera... Perla del Segura, la nuestra.

El rey Sabio, que había oído de la riqueza de la vega de Cieza y tuvo noticia de su posición estratégica, reúne, bajo promesa de tierras y privilegios, un contingente cristiano de castellanos y aragoneses, y algún catalán que se me escapa. Son labriegos, pastores, artesanos... que acarrear consigo unos escasos bártulos, entre los que no faltan, sin embargo, sus seculares costumbres, su rico folklore y sus fervorosas devociones; los acompaña algún osado hidalgo o caballero de no muy alta cuna, a lomos de un rocín pobremente enjaezado, en busca de fortuna y gloria: curiosa tropa de espíritu aventurero, porque espíritu aventurero había que tener para venir a vivir a esta tierra fronteriza que las hordas mahometanas marcarán repetidas veces a sangre y fuego.

Pero Cieza ya no conocerá nuevos conquistadores ni otros moradores que los descendientes de aquella primera comunidad cristiana y de la morería que había echado aquí sus raíces. Y así, entre cristiana y moruna, la nuestra fue ya por aquellos tiempos una villa cosmopolita, ya que rango de villa tuvo, luego de haber sido cortijo adelantado y repoblado caserío.

Y fue precisamente coincidiendo con el final de esos últimos tiempos convulsos cuando San Bartolomé y la que luego será su ermita comenzaron a cobrar una inusitada relevancia al quedar vinculados con aquel aciago episodio del saqueo de Cieza mil y una veces referido, y que quedó grabado de manera indeleble en nuestra memoria colectiva. No seré yo quien os lo relate una vez más. No. Pero sí os invitaré a que reavivéis su recuerdo, cada vez que contempléis las andas sobre las que procesiona nuestro Patrón, pues en las cartelas de este lucido trono, el maestro Carrillo dejó labrado en madera el relato del “milagro de la muda”, junto con el de

aquel otro hecho milagroso, de recuerdo bastante más halagüeño, que la tradición nos ha transmitido como “el sudor del Santo”.

Es precisamente con la representación de ese episodio por el cuadro de actores de la Hermandad con la que, desde hace unos años, Cieza agota los últimos instantes de sus fiestas patronales.

Permitidme que me detenga en este punto un instante para confesaros que no es una simple casualidad que, quien más de una vez secó en la ficción el sudor de la Imagen de San Bartolomé, no lleve sino su mismo nombre. Os hablo, queridos amigos, de Bartolo el “Rapao”, de cuyo total restablecimiento, por el que estoy seguro que habrá sudado lo suyo también el Santo, nos alegramos todos.

Bartolomé Herrera es uno de los muchos ciezanos que a lo largo de nuestra historia han llevado a gala y con orgullo el nombre de nuestro Santo Patrón; como antes que él lo llevó su padre, al que cariñosamente llamábamos amigos y conocidos “el almirante Herrera”; como lo lleva también su hijo “Bartolillo”, al que ya va siendo hora de quitarle el diminutivo; y como estoy seguro que muy pronto lo llevará alguno de sus nietos. Y es que, con la misma asiduidad que nuestros antepasados se encomendaban a él llegado el momento supremo de rendir cuentas, así también el nombre de San Bartolomé se ha prodigado en nuestra ciudad como venturosa bendición añadida para cada uno de los hogares de aquellos ciezanos de toda clase y condición que lo llevaron y lo siguen llevando.

Pero volvamos a la Ermita... Entrad sin hacer ruido, no sea que despertemos al Santo de su merecido reposo, que bastante trajín se ha traído estos meses atrás para que no se estropeará la fruta... Seguidme, subamos a la torre... Os parecerá mentira, pero en este angosto espacio, por el ascienden estas estrechas escaleras, estuvo el primer museo arqueológico de Cieza... Unos cuantos escalones más y ya estamos... Hemos llegado, aquí es... El Conjuratorio...

Por los vanos del Conjuratorio, que en su tiempo fue la torre más alta de la villa, San Bartolomé bendecía cada año los campos y la huerta de Cieza. Eso cuentan nuestros mayores, pero la verdad es que, cada vez que las puertas de la Ermita se cierran y su Imagen se queda a solas, el Santo se sube a esta sala; aquí se encuentra a gusto, desde aquí se divisa mejor el horizonte, se ven venir mejor las tormentas. Y de vez en cuando, aprovecha y nos mira también a nosotros; nos oye hablar de nuestras alegrías y de nuestras penas, de lo que nos ocupa y de lo que nos preocupa, y así se entera de cómo nos van las cosas. Nadie lo ha visto, pero aquí el Santo ha sudado en más de una ocasión, porque no hay año que el cielo no nos amenace con su voz atronadora, o que la ansiada primavera no eche por tierra más de un sueño con una helada furtiva,

o que el ardiente verano no nos hiele el ánimo con la granizada que nadie desea, o que una crecida del Segura anegue los bancales y arrastre consigo los trabajos y los días.

Pero acercaos... acercaos y echad un vistazo por este vano. Pocas vistas merecen tanto la pena como ésta.

Mirad ahí abajo... ahí mismo, a la vuelta de la ermita. El balcón del muro, con su paseo recoleto en el que todos los sentidos se deleitan. Escribía el desaparecido Hipólito Molina, con ese sentido del humor que le caracterizaba y con cierto aire de metáfora, que nuestro muro *“hizo oposiciones a una plaza de muralla que había vacante en Ávila, pero por razones que no hacen al caso, no aprobó, y se quedó en Muro y vino aquí. De este pueblo no se marcharía por nada del mundo y si tuviera que vivir mil veces, aquí quiere vivir”*. Acercaos a su baranda, donde la mirada se vuelve infinita, donde se percibe cómo exhala su perfume la huerta, donde se contempla el paso pausado y constante del Segura, donde se observa cómo la luz transparente de una mañana despejada va desvistiendo de su monotonía hora a hora a la Atalaya.

Y, luego, cuando empiecen a ceder los fríos del breve invierno, si dais la vuelta en dirección a la Hontana, raro será que no os topéis con algún turista que aguarda expectante ese suspiro efímero de la primavera con el que la huerta estalla en cien colores que se amontonan como en una paleta, o que busca extender su vista sobre el lienzo blanco y rosáceo que componen los campos de frutales en flor, o que pregunta, con manifiesto aire de incredulidad, si no serán exagerados los piropos que esta tierra le regala al Segura.

El Segura... el río, como lo llamamos nosotros con sentida familiaridad. Cieza es el río y, sin su río, Cieza no sería Cieza.

El río se acerca a Cieza acunado por tupidos cañaverales. En la Mulata, el Segura se despereza, recién despertado de su siesta, antes de aventurarse inquieto en la garganta de Almadenes; poco tardan allí sus aguas vírgenes y bravas en enzarzarse con las rocas en juegos de espuma y competir en rápidas carreras en busca del anchuroso cauce. Nadie lo percibe, pero el río, como la lluvia, va dejando un poso de aguas bajo su lecho: aguas que horadan la roca, que recorren un laberinto de galerías para abastecer un sinfín de fuentes que palpitan ocultas, como el corazón de las Náyades que habitan en ellas. En otro tiempo los ciezanos nos servimos de esas fuentes para beber, para lavar... Ahora esas aguas afloran para convertir terrenos baldíos en esos campos exuberantes en los que se recoge en abundancia el melocotón, el más exquisito y celebrado manjar de Cieza.

Cuenca abajo, el río se recrea en la playa de la presa para batir las orillas con sus aguas plácidas que, particularmente aquí, se dejan ajetrear por los bañistas. Y luego prosigue ribera abajo, con su discurrir rumoroso y solitario, impregnado de las fragancias de la vega, hasta entrar en Cieza; y mientras desde el balcón del muro o desde lo alto de su puente centenario unos lo saludan a su paso, cuando, junto al viejo molino le hace un requiebro a la Atalaya, otros lo jalean. A su paso por Cieza el Segura es todavía un río de aguas limpias y frescas, un río joven pero no falto de experiencia; y sabe que, cuando llegue al fatego, le espera un abrazo de siglos, antes de alejarse oliendo a azahar buscando los derroteros del Menjú.

La huerta es el aroma de Cieza, el bálsamo que siempre ha aliviado nuestra hacienda, la otra seña de identidad de este pueblo: fecunda, feraz, fértil, inagotable... No la describiré yo con mayor acierto que una de nuestras mejores plumas locales del pasado siglo: *“El agua del río, temblores de nieve de un día y ahora color de tierras trabajadas, era linde ante la vega ubérrima –escribe el que fuera notario, D. Manuel Martínez Ortiz-. Se dividían caprichosamente pagos y frutos. Más próximas las hortalizas caseras, prontas al mercado y al disfrute. Un poco apartados, salvando el río, los árboles y huertos de más exquisito rendimiento. Naranjos, verdes cuadriculados de alfalfa, bardales en prematuro desorden, como enanos invernaderos que disipa el sol, frutales sirviendo de límite y de guardia a su propia parcela; toda la distribución levantina y cuidada que amadrinaron los árabes... Más arriba, la mole desdentada... la Atalaya.”*

Por el puente de alambre, ese puente sacado de una película de época, cruzamos al paseo ribereño para acompañar al río un breve trecho. Estamos a los pies de la Atalaya. La Atalaya, como el río, como la huerta, es también parte indisoluble de la esencia de Cieza. Estos tres elementos, que envuelven la ciudad en el paisaje, conforman la estampa que todo ciezano de dentro o de fuera lleva en la cartera de su corazón y guarda en el bolsillo de sus recuerdos. ¿Qué sería de Cieza y de nosotros sin la Atalaya? La Atalaya, mudo y vacío anfiteatro, decora todos los acontecimientos de nuestra vida: los juegos de la infancia, las promesas de amor de la adolescencia... cada uno de nuestros regresos, cada una de nuestras partidas. ¿Hay algo que todavía no se haya dicho de nuestra Atalaya? Yo os animo a que lo averigüéis vosotros mismos, paseando por sus veredas jalonadas de eucaliptos y granados, recorriendo sus senderos, encaramándoos a su cima, trepando por sus roquedos, atravesando sus sendas ocultas entre los pinares, reponiendo fuerzas a la sombra confortable de una higuera, respirando el olor de la tierra que presagia la inminente lluvia, esperando en vano cruzarte en algún recodo del camino con aquél amigo o conocido que se fue dejándonos su ausencia...

Subid al collado al amanecer y limpiad el rocío que empaña los cristales de la ermita para que la Virgen del Buen Suceso pueda ver al pueblo que la tiene por Patrona. Subid al collado por la mañana, para que la brisa del Mediterráneo os acaricie, y cantadle al castillo como le cantaría el poeta: “*¿Qué fue de ti, viejo y altivo, y qué queda de ti sino un pozo de leyendas?*”. Subid al collado a media tarde para oír cómo en el nombre de Siyasa hecho jirones suena rotundo el nombre de Cieza. Subid al collado al atardecer para mirar cómo parecen titilar como ascuas las luces del pueblo, como si las calles hubiesen removido una última vez los rescoldos antes de entregarse al sueño, y cómo desde allí parece que el río busca ese momento más íntimo para regalarle a la luna un reflejo perpetuo. Pero cada vez que subáis, mirad cómo va pasando el tiempo, cómo va cambiando el pueblo, y cómo también a nosotros con su paso nos va cambiando el tiempo.

Pero esperad un poco todavía y echad una última mirada por este otro vano: veréis la ciudad en toda su extensión... Mirad qué distante parece desde aquí la Ermita del Santo Cristo en su cerro solitario. Recorred el horizonte con los ojos: el ferrocarril, el pabellón, la piscina, la otra estación, la residencia, el hospital... “*necesaria metáfora del ansiado progreso*”. Más acá, el Paseo y la Plaza de España custodiando la enjuta torre de las Claras y la espadaña del Convento. Y aquí mismo, con su aura de misterio, el casco viejo, en el que apenas si queda algún vestigio de un pasado sin mayores glorias, con su entreverado de calles y callejas, alguna plazoleta escondida y la Plaza Mayor, con el ayuntamiento y la iglesia.

Pero venid, salgamos ya de la Ermita y vayamos hacia la Plaza.

La Plaza fue en otros tiempos el cuerpo y el alma de Cieza, el lugar donde se estrecharon la mano lo religioso y lo laico, donde conviven en armonía lo divino y lo profano, porque aquí nacieron entrelazadas la festividad y la fiesta. Pero, además, la Plaza nos regala otra imagen inconfundible para el ciezano que a la hora de la partida cerró sus maletas repletas de melancolía y abre el equipaje a su regreso para deshacer su nostalgia: la silueta de la torre de la iglesia, enhiesta, airosa, resulta tan inconfundible que te provoca una sonrisa de dicha cuando la divisas por primera vez desde la lejanía. Por la mañana hay que solazarse al oír cómo tañen sus campanas, aromando con su tañido el paso de las horas; y por la tarde, mientras esperamos a que llegue o salga el Santo, merece la pena embelesarse, contemplando la filigrana de su campanario e intentando adivinar si su aguja alcanza a arañar el cielo.

Hasta esta iglesia con rango de Basílica peregrina San Bartolomé cada quince de agosto para estar un poco más cerca, si cabe, de su pueblo. Aquí recibe en su festividad los mejores frutos que haya cosechado la huerta, gesto sincero de un voto renovado cada año. Pero sabed que cuando su Imagen torne a la ermita el último día

de la feria, San Bartolomé no se marchará del todo; se quedará también aquí, asomado tímidamente al transcurrir de los acontecimientos, procurando que su presencia pase desapercibida como un discreto silencio... (y no esperéis que sea yo quien os revele dónde se queda).

Con el correr de los tiempos la Feria se trasladó hacia la Esquina del Convento, hacia el Paseo y finalmente hacia la Plaza de España, y con ella se fueron los buhoneros y los vendedores de toda clase de mercaderías, y la Plaza se quedó de nuevo a solas, con su ayuntamiento y su iglesia.

Creo que fue D. Antonio Pérez quien definió la Feria como *“una pincelada fresca y risueña que reaparece por esta época en el pintarrajeado lienzo de nuestro insustancioso presente”*.

Y es que parece en verdad que durante la Feria la ilusión común nos hace olvidarnos por unos días del peso y del paso desesperante de la vida, y que felices nos dejamos arrastrar por la marea colectiva, porque es la Feria, como fiesta, la que nos define como comunidad y porque Cieza es un pueblo al que se le llena el alma de bullicio y de verbena, tanto que le vendrían ni qué pintados estos versos:

*Cieza es mi caseta,
la de todo el año entero,
Semana Santa que reza,
carnaval por febrero.
Y la Feria de agosto.
Todo cabe en mi caseta,
nunca nos sobra lo bueno.*

Más allá de los usos y las modas, la Feria de Cieza ha ido conjugando lo tradicional con lo novedoso, y en el transcurso del tiempo, en los últimos años con mayor evidencia, ha pasado de ser una fiesta concebida para el pueblo a ser una fiesta sugerida por el pueblo, y que sigue a la búsqueda de una seña identitaria, como la propia ciudad, porque ambas necesitan seguir sintiéndose frescas, lozanas, vivas, como si les fuera su propia existencia en ello.

Y sin embargo, sigue teniendo para mí la textura de una vieja película en blanco y negro...

Mi Feria es la de un pueblo que parece despertarse de un letargo de meses, que se acicala y engalana sin prisas para mostrarse en todo su esplendor al natural y al forastero, que siente el vértigo del ajeteo en todos sus rincones.

Mi Feria es la del niño que cuenta cada día las casetas de turrón; la del niño que quiere ferirse un juguete par poder viajar *“a ese pasado –decía el poeta- en el que fuimos capitanes intrépidos, viajeros, domadores de fieras o soldados dotados del poder de transformar con nuestra sola voluntad, la vida”*. La del tropel de muchachos que sale alborotado al encuentro del Tío de la pita para escudriñar curioso el rostro que ocultan los gigantes y cabezudos, y que más tarde se asoma al arenal para ver cómo tiembla la noche con el castillo.

Mi Feria es la de la Misa huertana, la de la Jota de Cieza, la de la Procesión del Santo... la de la hora sagrada de sentarse a la mesa festiva, que mi mujer, mis hijos y sus parejas, y yo compartimos, como cada sábado o domingo, con mis suegros, con mis padres, con mi hermano y mis hermanas, con mi cuñada y mis cuñados, con mi sobrina y mis sobrinos.

Mi Feria es la de los carruseles en el Solar, la del pasacalles de la Banda camino de la Deseada, la de un carnavalesco desfile de carrozas, la de una tarde de fútbol con mi abuelo.

Mi Feria es la de mañana que sabe a turrón de aceite y de caramelo, la de la tarde que huele a ponche y anís, la de la noche que te invita a una horchata y a una vuelta por el Paseo bajo las tradicionales luminarias.

Mi Feria es la del que apura los últimos días de agosto en el Maripinar, en la casa de Paco y la tita María Elena, donde tan bien recibido he sido siempre. Desde aquel mirador inmenso diviso el muro y la ermita del Santo, la torre de la iglesia, la Atalaya, el río... y me imagino a Machado, allí sentado, frente a Cieza, contemplando ese gris alcor *“por donde traza el Segura su curva de ballesta”*.

Pero la mía es, finalmente, también una Feria que no se olvida del ciezano que sufre, del que padece, del que llora, del que se resigna, del que no tiene, del que busca y no encuentra, de todo aquel al que la vida azota con sus incontables miserias. Quiera San Bartolomé que en esta Feria y en todas las que hayan de venir veamos hecho realidad ese deseo tan simple, tan evangélico, tan cristiano, con que el protagonista de *“Las sandalias del Pescador”*, el Obispo Lakota, pregonaba ante otros cardenales del cónclave esos bienes indiscutibles de los que jamás debiera verse despojado ningún ciezano y ningún ser humano: *“Trabajo para todos, pan para todos, dignidad para todos”*. No me cabe duda de que, entonces y sólo entonces, en el hogar de todos y cada uno de nosotros la Feria lucirá también como una auténtica fiesta.

Pues bien, queridos paisanos, mi Feria quiere ser cada una de esas Ferias y todas ellas.

Apresuraos, pues, ciezanos y ciezanos, a vestir vuestras mejores galas, esas que desprenden la fragancia de los días sagrados, porque, como canta la copla:

*Renace la ilusión, vuelve la euforia:
La feria soñada nos convoca.
Se ufana el corazón, se vuelve loca,
embriagada de sueños, la memoria.*

Que vibren vuestros corazones, amigos míos, que se endulce agosto con un enjambre de sueños, que se preñen los días de diversión y regocijo... porque empieza la Feria.

Y cuando el Santo regrese a su ermita, cuando hayamos quemado la última pizca de pólvora, cuando se desvanezca el último baile, cuando se apague la última candela...

...que San Bartolomé no nos abandone nunca, que nunca nos falte Cieza.

Rafael Salmerón Pinar

Dado en la Basílica de Nuestra Señora de la Asunción el quince de agosto de dos mil trece